

pero tienen la prudencia de encamarse una delante y otra detrás del montón, y al acercarse los montañeses huye cada cual por su lado. Se ha podido observar también que, en vez de escapar directamente, la liebre que primero ve el peligro da la vuelta para despertar á su compañera dormida y huir con ella. Apenas barre el viento la nieve de algún sitio de la montaña, vuelven estos animales á las alturas alpinas.

La liebre de que hablamos es tan fecunda como la ordinaria: la hembra suele dar á luz, en cada parto, de dos á cinco hijuelos, cuyo tamaño, al nacer, es el de un ratón y lleva una mancha blanca en la frente; al segundo día de su existencia siguen ya á su madre saltando, y no tardan en comer yerbas tiernas. El primer parto se verifica en abril ó mayo, y el segundo en julio ó agosto. Se ha puesto en duda con frecuencia que la hembra tenga un tercero, ó que el primero ocurra antes del mes de abril; pero los cazadores aseguran que encuentran continuamente, desde mayo á octubre, lebratos de regular tamaño. La gestación dura de treinta á treinta y un días y apenas veinte la lactancia. La mayor parte de nuestros cazadores abrigan la singular creencia de que hay entre estas liebres individuos hermafroditas, capaces de fecundarse por sí mismos. Es casi imposible observar la vida de las liebres en familia, porque tienen un olfato excesivamente fino, y saben los hijuelos ocultarse perfectamente en las grietas del terreno y en los intermedios de las piedras.

VII

La caza de la liebre variable ofrece á la par dificultades y provecho: es penosa porque no se puede emprender hasta que la nieve cubre toda la región alpina, pero en cambio es menos incierta que la de cualquier animal, pues la pista reciente de una liebre conduce con toda seguridad á su cama. Cuando se han descubierto los sitios donde el animal escarba la nieve para alimentarse y una vez sobre la huella, obsérvese que ésta se cruza en todos sentidos, formando una línea muy complicada é interrumpida por numerosos saltos; pero á cierta distancia vuelve á ser la pista regular y única. Luego describe una curva, complicase de nuevo con algunas marchas y contramarchas, por lo regular menos numerosas y enredadas que las de la liebre pardá, y se termina por un círculo que rodea una breña, una piedra grande ó una cavidad. Allí está

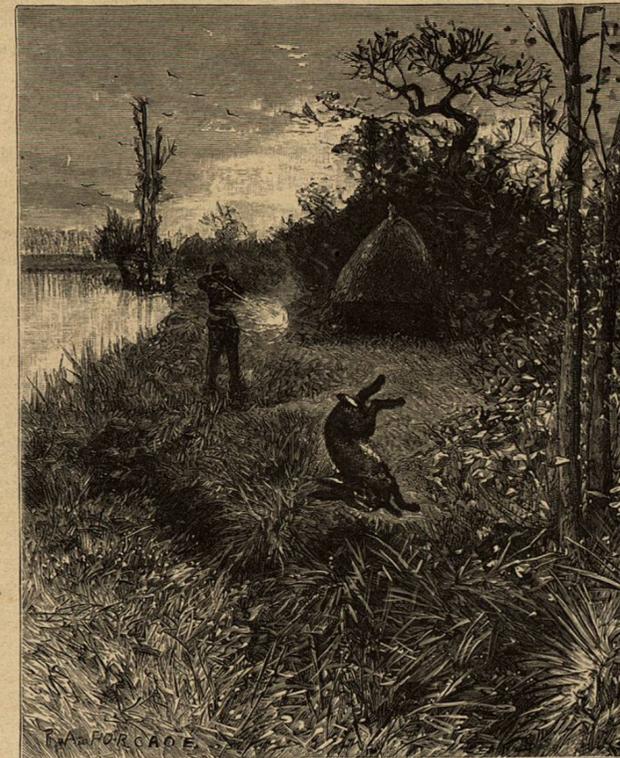
la cama de la liebre: ésta aparece tendida á lo largo sobre la nieve, y duerme á menudo con los ojos abiertos, chasqueando las mandíbulas, lo cual comunica á sus orejas un temblor particular. Si el tiempo es frío, ó si sopla en la montaña un viento helado, la liebre se refugia detrás de una piedra, ó en un agujero que practica en la nieve; en cuyo caso puede el cazador tirarle fácilmente. Se ha dado el caso de que el animal permanezca en su cama después de un tiro mal dirigido, aunque por lo general emprende la fuga, dando grandes saltos; pero no va muy lejos, y es fácil encontrarle de nuevo. Los crujidos y las detonaciones no le espantan mucho, pues tiene costumbre de oírlos en la montaña. Las liebres que se hallan encamadas en los alrededores del sitio donde se caza, permanecen completamente tranquilas, por manera que el cazador puede tirar á menudo el mismo día sobre tres ó cuatro, estando todas en su cama. Jamás se encuentran dos liebres una junto á otra, ni aun en la época en que se buscan estos animales. Las huellas que imprimen en la nieve tienen un aspecto particular: son muy anchas y aparecen dispuestas dos á dos á grandes intervalos. La liebre de los Alpes, como la gamuza, tienen el pie perfectamente apropiado para recorrer la localidad donde vive: la planta es ancha y los dedos más gruesos que los de la liebre vulgar; al correr los separa de modo que el pie, presentando mayor base, impide que el animal se hunda; y sus uñas protractiles le sirven también de mucho cuando está sobre el hielo. Si la caza se verifica con un perro corredor, la liebre espera á que su enemigo esté muy cerca para huir, y si se la persigue refúgiase á menudo en las madrigueras de las marmotas, pero jamás en las de los zorros.

La liebre variable se domestica con mucha más facilidad que la otra; es más tranquila y se familiariza antes, mas no engorda, por bueno que sea el régimen, ni soporta largo tiempo la cautividad. En el valle parece que le falta el aire penetrante de la montaña, y en invierno se vuelve blanca también. La piel tiene poco valor, pero la carne es muy sabrosa. El precio de este animal varía de 6 á 8 reales según las localidades. Las liebres de Groenlandia son blancas todo el año. Las dos especies representan á la liebre ordinaria en los países donde el rigor del clima impide á esta última subsistir.

Se ha negado con frecuencia la posibilidad de que se verifiquen cruzamientos entre la liebre ordinaria y la de los Alpes, y tampoco se ha creído en la existencia de los híbridos de estas dos especies; pero exactas observaciones prueban la realidad del hecho. En el

Serufthal, donde las liebres blancas bajan más que en ninguna otra parte, se ha cazado en el mes de enero una que era rojiza desde la cabeza á las patas anteriores, y blanca en el resto del cuerpo. En Ammón, sobre el lago de Walenstad, una hembra dió á luz cuatro hijuelos, dos de los cuales tenían la parte anterior del

cuerpo blanca y los otros dos el cuarto trasero, siendo gris pardo el resto del pelaje. En el Emmenthal mató cierto cazador, á mediados del invierno, una liebre que tenía blanca la frente, las patas anteriores y el cuello. En las montañas de Appenzell se encuentran liebres blancas cubiertas de manchas pardas; y todos los años



Bien tocado

se pueden adquirir en el cantón de los Grisones individuos de dicho color con manchas irregulares, aunque siempre bien limitada. No se sabe si estos híbridos son fecundos.»

VIII

En Europa existía, además, una liebre propiamente dicha, llamada del Mediterráneo, que habita los países bañados por este mar. Algunos naturalistas quieren

presentarla como una variedad de la liebre ordinaria; pero cualquiera que la haya visto y examinado no puede participar de esta opinión. Yo la cito aquí porque sirve de tránsito á las liebres del África.

La liebre de Etiopía (Lepus aethiopicus). — Caracteres. — La liebre del desierto ó de Etiopía se distingue por su escaso tamaño y por tener las orejas mucho más largas que la nuestra. El color de su pelaje se asemeja mucho al de la arena: es de un rojo agrisado por encima y blanco por debajo.

Distribución geográfica.—Sólo se la encuentra en el desierto propiamente dicho y sus límites inmediatos, en las costas orientales de África.

Durante el corto viaje que hice en la primavera de 1862, he visto á menudo esta liebre en los terrenos bajos de Sanhara, ó sea en las altas mesetas del país de los bogos.

Usos, costumbres y régimen.—He observado siempre que esta liebre es torpe y estúpida, si bien es verdad que á los hombres debe tal defecto.

Los abisinios, ya sean mahometanos ó cristianos, observan todavía la ley mosaica y desprecian la carne de liebre, por cuyo motivo no persigue el hombre á este animal en aquel país, ni es en rigor su amigo. No me explico, de otro modo, la estupidez de esta liebre de largas orejas y prolongadas patas, que es muy común lejos de los lugares habitados por los europeos, tanto, que á veces se ven saltar seis ú ocho á la vez delante del cazador. De tal modo se confundió el color de su pelaje con el del terreno, que difícilmente se distingue esta liebre en su cama, por mucho que abunde. Si oye ruido despiértase y trata de averiguar la causa; y, cuando es un hombre el que se acerca, no se apresura á huir, sino que se dirige lentamente al primer jaral, se echa y endereza las orejas hacia el sitio donde percibió el rumor. Los matorrales son tan escasos y tan poco poblados, que se puede ver la liebre á corta distancia, pero debe creerse muy segura cuando deja que se acer-

que el hombre á 60, 50 y aun á 20 pasos; y entonces se traslada á otro jaral para ocultarse de nuevo. Si quiere uno entretenerse, puede ahuyentar así á la liebre haciéndola recorrer una distancia de varios kilómetros. Si se dispara sobre ella y se yerra el tiro, no por eso cambia de táctica: límitase á correr algo más rápidamente y se aleja á mayor trecho; pero á pesar del ruido de las detonaciones y el silbido del plomo, continúa mirando al cazador con tanto descaro como antes. Cuando no se le tira, se la puede obligar á salir del mismo jaral varios días seguidos, pues vuelve constantemente al sitio que una vez eligió.

Difícil es figurarse cuán monótona es semejante persecución para el que está acostumbrado á cazar la liebre en nuestros países: irritase uno contra el animal, y casi se avergüenza de perseguir á un ser tan estúpido. No sucede lo mismo cuando sigue la pista de esta liebre un perro, y acaso también un zorro, un chacal ó un lobo. El animal sabe que en tal caso no le bastarían algunos pasos rápidos para escapar, ni le servirían tampoco los matorrales de seguro refugio, y por lo tanto corre con tanta ligereza como la liebre de Europa. Escápase con frecuencia del peligro terrestre, pero ciérnese en los aires un enemigo mucho más temible que los otros para la liebre de Etiopía: tal es el águila, que espera el momento en que el pobre roedor debe salir á la llanura para caer sobre él y arrebatarle entre sus poderosas garras.



CAPITULO XXI

EL CONEJO DESCRITO POR LOS CAZADORES



La historia del conejo es muy interesante.

El conejo ha sido creado para servir de regalo á todos los

carnívoros; y, á fin de que pueda cumplir debidamente su destino,

Dios le ha mandado dividir su vida en dos partes: la una destinada á criar muchos hijos con el objeto de que haya conejo para todo el mundo, y la otra á comer muchas plantas sabrosas y aromáticas, á fin de que su carne quede saturada de sabores delicados.

¿Cómo cumple el conejo este doble deber?

Consignaremos, desde luego, que su fecundidad sobrepasa á la del ratón de Alemania, lo que no es poco decir.

Se ha calculado que la descendencia de un par de conejos puede alcanzar al cabo de cuatro años la cifra redonda de 1.274.840 individuos si se admite el número de siete crías al año y de ocho gazapos en cada una de ellas, los cuales sean aptos para la reproducción al llegar á los seis meses.

Plinio, el cronista de su época, refiere que, habiendo los habitantes de la isla de Menorca padecido indigestiones de conejo, resolvieron dejar de comerlo durante algún tiempo, y que entonces dichos roedores se mul-

tiplicaron en tales términos, que la población, aterrada, dirigió una solicitud al emperador Augusto para que el César enviara sus legiones contra los conejos, que destruían las casas y derribaban los árboles.

Más recientemente, Luis XVI se vió obligado, no obstante los privilegios de los señores, á permitir á los campesinos que mataran los conejos, que amenazaban acabar con Francia por el hambre.

Los terrenos estériles pueden impedir á los conejos que engorden, pero no que se multipliquen. Esta potencia prolífica, que resiste á la escasez de sustancias alimenticias, ha permitido dar valer á las tierras arenosas abandonadas por el mar. Se han poblado de conejos las dunas de la Europa occidental, y han prosperado de tal manera, que el Obispo de Derry, Irlanda, para citar sólo un ejemplo, obtiene cada año doce mil pieles de uno de sus conejares.

En Francia los conejos pululan en esta larga zona de áridos terrenos de aluvión que se extiende desde Boloña hasta la desembocadura del Somme, en una anchura de cuatro kilómetros. Cazadores: si vuestro hado os conduce hacia aquellos sitios, en los que espesos bosques de pinos comienzan á cubrir la desnudez del suelo, divertíos gastando pólvora, pero no recojáis la caza hasta que la muerte la deje fría; pues, en caso contrario, serviríais de pasto á innumerables